

Madrid. Un mes, 1.50 pesetas.—Trimestre, 3 pesetas.—Anillos separables y naciones convencidas, 10 pesetas.—Portugal, Trimestre, 8 pesetas.

Se admiten suscripciones para Madrid y provincias en casa de los Sres. Gallego y C.ª, Carrera de San Jerónimo núm. 9, y en la Administración.

DIRECTOR Y PROPIETARIO

EUGENIO GONZALEZ SANGRADOR

EL HERALDO DE MADRID

Anuncios españoles y extranjeros. Se reciben únicamente hasta las cuatro de la tarde en la Administración, Tudesco 30 y 32. Toda la correspondencia al Director.—No se devuelven los originales. La correspondencia administrativa se dirigirá al

ADMINISTRADOR

MARIANO DUEÑAS GÓMEZ

FEUILLET CONTRA ZOLA

La carta del Sr. Silvela

POLÍTICA NOVELÉSICA
«Feuillet contra Zola», y no «Onhet contra Zola», porque la escriben escritores de altísimos vuelos, de grandes merecimientos en la política española y de indiscutibles prestigios en nuestra historia contemporánea.
Pero los méritos del novelador no cambian la índole de la novela, novela de realidades interpretadas al antojo de una imaginación despierta, novela de sentimentalismos falseados y de efectismos, contrahechos por una fantasía vigorosa y por una inteligencia peregrina.
Tal es la historia novelesca de la actual política conservadora, en la cual acaba de escribir un reductor capítulo el Sr. Silvela, al decirle al Sr. Cánovas, en carta dulce como un suspiro, elocuente como una queja, que por no consumir la ruina del partido, se retire a la placidez de su bufete, olvidándose de la política y de sus vanidades, del mundo y de sus pompas, del Parlamento y de sus sugestiones traidoras.

¡Quién lo hubiera dicho! ¡Quién, al ver el calvario recorrido por España desde 1890 á 1892, bajo la cruz del partido conservador, con una caída á cada paso, con una injuria á cada momento, con hiel y vinagre por único refrigerio de las fauces secas y del estómago vacío; quién, al ver espectáculo de realidad tan negra, hubiera podido creer que lo que era novela de naturalismo aterrador y descarnado, había de concluir con capítulos de desesperante y enternecedor idealismo! ¡Quién hubiera pensado que una obra en que dominó siempre el olvido irritante de todo sentimiento generoso había de concluir con una explosión sublime de todos los sentimientos nobles!

¡Nana, la Mesalina de baja estofa y de vulgares aventuras, muriendo por Virginia, la imagen de todas las purezas y el símbolo eterno de todas las virtudes del ideal! ¡La tragedia sangrienta y astrosa de *Germinal*, rematada con un epílogo que parece una página de *Los mártires*, escrita con la tinta sonrosada de una aurora interminable de esperanza y de fe!

Porque no otra cosa que una novela sentimental para corazones blandos es toda esta luctuosa historia del desastre conservador.
Novela sentimental la escena aquella, tan hermosa en medio de tanta fealdad; consoladora en medio de tantos desencantos de nuestra política; confortante en medio de estas aridesces de un desierto sin horizontes; la escena aquella de la Huerta en que un arranque de un corazón noble planta y resuelve á la vez, Dios sabe á costa de cuánto, un trascendental conflicto.

Novela sentimental la sesión aquella memorable de toda una Cámara prostrada ante un coloso caído, que con energía suprema defiende de los impacientes y de los envidiosos, no bien terrenos, frágiles y amargos, sino el bien ultramarino, eterno y dulce, de un prestigio intangible.

Novela sentimental la sumisión de los leales y la huida de los rebeldes, y el respeto profundo, rayano en veneración gentilicia, de los indiferentes y de los adversarios.
¡Cuántos efectos hondos en el público y qué saludables conmociones en la opinión durante estos días de lucha y de muerte!

Y si faltaba una nota, si algún matiz del honesto sentimentalismo en boga no había aparecido hasta ahora, ahí está sangrando lágrimas y sollozando angustias la carta del Sr. Silvela al Sr. Cánovas del Castillo. Leedla, saboreadla y llorad con el aflicto sin ventura:

«Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo:
Mi distinguido amigo: Las declaraciones publicadas por *La Epoca* y *La Correspondencia*, referentes á los Diputados conservadores que nos hemos abstenido en las votaciones últimas, han acabado de formar en mi ánimo el convencimiento de que no me es posible seguir prestando servicios á mi país á las órdenes de usted, ni en el Gobierno ni en la oposición; y creyendo hoy, como en 1886, que sería demencia todo intento de crear nuevas agrupaciones conservadoras, y que sólo usted puede y debe ser el jefe del partido, no queda otro recurso á mi dignidad y á mi consecuencia que retirarme de la vida pública.
Con este motivo, tengo el sentimiento de enviar á usted la dimisión de mi cargo de Vicepresidente del Circulo liberal conservador, y no me borro de su lista de socios porque no me parecería esto justificado, profesando las ideas que el simboliza; pero puede usted estar seguro de que en ninguna ocasión le molestará mi presencia en aquella casa.
Entiendo que para la reorganización del partido bajo la jefatura de usted sería yo un obstáculo, contra mi voluntad. Mi voto y mis deseos como ciudadano estarán siempre al lado de los liberales conservadores; pero ni solicitaré ni aceptaré representación en las Cámaras ni tomaré parte alguna en la política.
Aunque por los términos de las declaraciones referidas dudo si usted me otorga aún el título de amigo, por mi parte se lo conservo muy afectuosamente, á despecho de las malas intenciones y amargas contrariedades de estos días.»

«Quién, al leer esa carta elocuente, no piensa en el prisionero que besa las cadenas de su infortunio; en el infeliz que no protesta de sus desdichas sino que las mece y las arrulla; en Cristo, cambiando de hombre la cruz y poniendo á las injurias al rostro; en el sándalo bendito, perfumando el hacha que lo hierde?»

«Y como en nuestro temperamento espiritual es un humor incurable el romanticismo, y como todos somos artistas, nos hemos conmovido todos, y todos ensalzamos en la primera jornada la blandura de sentimientos en el Sr. Cánovas y maldijimos la perfidia proverbial del señor Silvela, y todos bendecimos hoy al Sr. Silvela y no sabemos ya qué hacer con el Sr. Cánovas; y ese desastre del partido conservador, que debía haber puesto en todos los españoles regocijo sin límites y cánticos de victoria, pone en todos tristeza infame, melancolía suavísima y jereniadas desgarradoras. Cánovas, que se rinde á su amistad paternal por Romero; Cánovas, que cae viéndose; Silvela, que se arrebiente y se humilla y huya... ¡Qué penas tan hondas! ¡Lágrimas, lágrimas, lágrimas!»

«Este es nuestro momento político. Mientras Sagasta se esfuerza por compadecer matiees y juntar temperamentos para formar un Gobierno que luche y que venza las enormes dificultades que ante él se levantan, todos nosotros, vueltos los ojos llorosos hacia el campo conservador, ponemos en sus tristezas lo mejor de nuestras almas y lo más hondo y más puro de nuestros sentimientos en vigilia.»

No sé qué hubiera convenido más al Sr. Silvela, ni me importa. Lo que sé es que á España le hubiera convenido mucho más que la novela de Feuillet la novela de Zola.

Una frase valiente, un discurso enérgico, una actitud decidida que, desentrañando todas las miserias, señalase todas las virtudes; que exponiendo despiadada todas las enfermedades, enseñase por dónde alienta salud vigorosa, hubiera convenido más que esa retirada... con precedentes deplorables en nuestra historia política, en aquella retirada de Ruiz Zorrilla, despedido, vencido, rencoroso, á Tablada... No sé si todo el partido conservador tomará mañana el tranvía de las Ventas para ir en busca del Sr. Silvela, como los antiguos radicales pusieron un tren especial para buscar y traer al Sr. Ruiz Zorrilla; lo que sé es que sobre esta catástrofe hubiera convenido á España, más que la aureola de *Los mártires*, el resplandor siniestro de la Volpouse en llamas...
SALVADOR CANALS

De todas partes

¡Prácticos!
Bojo la lluvia triste que llora lágrimas frías y se marca con gris ziz-zag en el horizonte, Carmen corre por la calle, sin acordarse ó sin saber que al levantarse las faldas, el brillo enloquecido de un pedacito de su carne blanca, en contraste sobre las medias negras, enciende lujurias en los ojos de los transeúntes.

Uno de éstos, hipnotizado por la piel apenas vista, la sigue tenaz, fijos los ojos, obsesionado en aquella maravilla soñada que al fin se realiza; y ella, con acento indignado, arrojale al rostro, como espada vengadora de sus pudores ofendidos, una palabra:

—¡Canalla!
Pero no se baja las faldas, y sigue corriendo por la calle bajo la lluvia triste que llora lágrimas frías...—C.

Dante.
Coloso entre los genios soberanos,
Te alza la gloria en pedestal seguro;
Beatriz suspira, sobre el mármol duro
Que guarda el genio entre sus santas manos.
Tu voz se escuchó; jóvenes y ancianos
Llegan contigo hasta el lascivo oscuro;
De tu noble creación el rayo puro
Refleja sin cesar en los humanos.
Moriste sin morir... urna mortuoria
Abrió en el mármol á tu memoria
El cincel inspirado en tu memoria;
Mas tu nombre inmortal se eleva fuerte;
Que para abrir sepulcros á la gloria,
No encuentra mármol ni cincel la muerte.
BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

En Viena, y á consecuencia de la proposición de ley presentada por un Diputado con objeto de que se impusiera un tributo exorbitante á los solterones, acaban de fundar éstos una Asociación con un magnífico Casino.
No será su objeto atajar al matrimonio, sino defender los intereses y los derechos á la soltería de los solteros empedernidos.
Claro está que un artículo del reglamento da de baja como socios á todos los que se casen; mas como á la vez la Sociedad dará con frecuencia bailes, y las vienesas son muy guapas, aquel artículo quedará muchas veces incumplido ó acabará con el flamante Club.

Sigue preocupando á la opinión italiana la idea de celebrar en Roma una Exposición Universal.
Aún no está acordada la fecha, pues al paso que algunos están decididos por el año 1895, como aniversario de la anexión de Roma, otros creen que el elegir esta fecha memorable sería un reto peligroso á los sentimientos católicos de una buena parte del clero romano.

Los obreros sin trabajo que invaden á Londres, han acordado una solución muy original para su situación actual.
Entrarán en los almacenes de los Municipios y, apoderándose de cuantos útiles de trabajo haya en ellos, se dedicarán á componer las calles que lo requieran, llevando á las autoridades á los Tribunales para que les paguen su trabajo.

Un hecho observado en los conejos de Australia y del cual se ha ocupado recientemente la Sociedad Zoológica de Londres, es una nueva prueba elocuente á favor de las teorías darwinistas. Las necesidades que las circunstancias locales imponen á aquellos conejos, ha producido en sus patas grandes transformaciones, mediante las cuales pueden trepar á los árboles más altos y cruzar á nado los ríos.

Otro anagrama del Gabinete francés:
D u Puy.
V I ette.
S iegfried.
J amai S.
R ib O t.
D eve L le.
B U rdeau.
L ousb T.
R ouy I er.
B O urgeois.
F rayci N et.

¡La disolución! Su amenaza.

Un electricista alemán, universalmente conocido del mundo científico, el doctor Werner Siemens, acaba de morir en Berlín á la edad de setenta y seis años.

Siemens, nacido en Hannover, hizo sus estudios en el gimnasio de Lubeck, y entró, en 1834, en la artillería prusiana, donde sus conocimientos especiales le granjearon un rápido ascenso en su carrera.
Entre los numerosos descubrimientos que se le deben, citemos el aislador de gutapercha de la máquina dinamo-eléctrica y la armadura que lleva su nombre.
Siemens era miembro de la Academia de Ciencias de Berlín. El Emperador Federico le había conferido cartas de nobleza.

Un pasante de abogado, de treinta y cinco años de edad, Alejandro Howland Smith, de quien hubo de sospecharse que había vendido á diferentes personas manuscritos no auténticos de Roberto Burns, de Walter Scott, de Macaulay y de otros escritores célebres, acaba de ser detenido por la policía de Edimburgo.
Hace algunos años se descubrió que ciertos poemas que se decían inéditos de Burns y comprados en la suma considerable de 370 guineas (3.712 francos), por lord Rosebery, eran obra de un hábil falsificador.

Habían sido publicados, sin embargo, en el *London Magazine* mucho tiempo antes de nacer el gran poeta escocés.
Recentemente, otros descubrimientos análogos pusieron á la policía sobre la pista del autor presunto de estas invenciones.

Los ingenieros militares españoles enviarán á la Exposición de Chicago los objetos siguientes:

Modelos de un blockhaus construido con carriles, del castillo de San Juan de Ulua, de la plaza de Veracruz, de San Sebastián y sus fortificaciones, de Bilbao y sus inmediaciones, de la toma de agua para el Canal de Vento en la Habana, de la presa del Canal de Vento, del paso del Río Oregón en el Canal de Vento y del depósito de aguas del Canal de Vento.

Modelos de una torre de fusilería empleada para la defensa de la trocha militar (Cuba), de una enfermería construida en dicha trocha, de un puente de hierro portátil sistema Cuttrear, de la plaza de Cartagena y sus inmediaciones, de la plaza de Jaca y sus inmediaciones, del tren de puentes reglamentarios á la Berago, del cuartel de la Coruña, del hospital militar de Manila, de un reducio de campaña proyectado por el Sr. La Llave, de un puente armado del tren á lomo y de la batería de Podaderas.

Final y perspectiva

Estaba descontento. Jamás crisis alguna ha provocado en sus trámites constitucionales menor curiosidad. Mantenerlo dijo un día: *D. Carlos, ó el petróleo*. Ahora podía decirse: *Sagasta, ó el diluvio*. No había remedio.

El corazón del General Martínez Campos no podía hacer nada en el asunto.
He ahí lo más saliente del advenimiento de los liberales al poder.
No debe nada á las entradas y salidas del General Sagasta.

Por vez primera, desde la Restauración, la Corona ha podido desenvolver sus iniciativas sin el apremio de modestas tuteladas y de consejos intempestivos.

Ya no ha habido necesidad de fiador. El fiador de oficio está comprometido en la gran quiebra conservadora. Es un insolvente político como cualquier Tetuán, como cualquier Beranger, como cualquier Linares Rivas.

Nada puede dar el General Martínez Campos.

El partido liberal entra en Palacio por la puerta grande, entre la opinión que lo empuja y la Corona que lo necesita.
Es una hermosa entrada, aunque el camino que se abre ante el Sr. Sagasta ofrece tristes perspectivas.

No hay ningún problema político pendiente. El ilustre General López Dominguez no ha de crear dificultad política alguna con la reforma constitucional.

Ni siquiera los republicanos preocuparse de ella. Se trata sólo de gobernar ordenada y discretamente; se trata de que la nación viva, como viven las familias trabajadoras y honestas.

Y nada más.
Y aquí comienza Cristo á padecer, y aquí tendrá que comenzar á sufrir aun ayudado de Dios y de su patriotismo, el Sr. Sagasta.

Todo el que ha de dar como solución el nuevo Gobierno se refiere á cuestiones muy prosaicas, si, pero muy trascendentales: á cuestiones de Hacienda.

No analizamos las causas que han motivado la caída del partido conservador. Llamado al Poder por la necesidad de acometer reformas en el terreno económico, y juzgande que el partido liberal no podía conseguirlas, obtuvo la confianza de la Corona. Sus luchas internas han determinado su caída sin dar solución al problema económico, bandera común á todos, único programa de Gobierno, único programa del país. Mientras se han necesitado reformas para conquistar derechos que la cultura de la nación requería, los partidos políticos significabanlo todo y su programa llevábalos á los consejos de la Corona, y en el Gobierno traducían en leyes sus opiniones políticas.

Hoy la necesidad que el país tiene, la crisis por que atraviesa y el conflicto que ve próximo, no admite que venga un Gobierno con programa de grupos ni de intereses de bandería.

Tiene un programa propio, superior á todos: es el programa económico, rentístico y financiero. Si hubiera partidos económicos, seguramente la opinión se habría manifestado en la crisis actual en favor de aquel que más confianza le inspirara para dar solución al conflicto.

Como no los hay, la Corona llama al poder á la única agrupación posible; pero el Gobierno liberal, que hasta ahora ha vivido con su programa político, hoy ya oprimido, no puede traer ninguno nuevo, y si lo trajera sería inútil. El programa lo tiene el país; su desarrollo económico; la satisfacción de sus necesidades apremiantes; la restauración del crédito público; la desaparición de lo superfluo; la transformación útil de los servicios administrativos...

Este es el programa. ¿Lo cumplirá el partido liberal? Su honor y su fortuna política están en ello comprometidos.

Sagasta y Castelar

«Párecenos elemental la obligación en que se halla el Sr. Sagasta de intentar la concentración»

Y párecenos justo que el Sr. Castelar no niegue el concurso de sus amigos á la nueva situación liberal.»

Esto que queda entrecomado escribíamos ayer bien de mañana, á tiempo de que se publicase en nuestra edición de provincias.
Algunas horas después, el Sr. Sagasta, que había salido de su domicilio sin decir á nadie—mas que al cochero—á dónde iba, llegaba á la calle de Serrano, apesabado del coche y penetraba en la artística residencia del Sr. Castelar, y con él departía, en la soledad de confortable gabinete, sobre los sucesos del presente y de lo porvenir, sin que les molestasen testigos indiscretos ni les coyesen las paredes, adornadas de porcelanas, bronceos y pinturas.

¡Qué interesante conversación habrá sido la sostenida entre ambos! Sagasta examinando con práctico sentido las exigencias de lo presente, y Castelar exponiendo sus idealistas aspiraciones para lo porvenir, habránse semejado—y realmente lo decimos, sin ninguna de las segundas intenciones, que sólo monopoliza Silvela—á Sancho y á Don Quijote, pensando el uno en los rendimientos amorosos que debía á fantástica Dulcinea, y meditando el otro sobre las pesadumbres y desgastados de la andariega vida del escudero.

Si, en esta discusión cómo se tiene que gobernar, y cómo se debe gobernar, diciendo el orador ilustre, han convenido, sin embargo, en que la si-

tuación política es grave, y ahora como nunca impone el supremo interés de la patria la concentración de fuerzas afeas, la suma de elementos que den robustez al Gobierno y faciliten su gestión en los diversos y complicados órdenes de la Administración pública.

Sagasta y Castelar, separados entre sí por diferencias más de accidente que de esencia, están unidos, no obstante, en una aspiración común y patriótica... La paz impera, y hay que asegurarla. ¿Cómo? Gobernando prudentemente, prescindiendo de ambiciones, de antagonismos, de todo aquello que empuje á la aspiración del bien público, la firmeza de la paz, á costa de tan varios y costosos sacrificios adquirida.

He ahí el tema principal de la entrevista de Castelar y Sagasta. Pero eso, que constituye la teoría, hay que hacerlo viable, hay que hacerlo práctico. Y al descender del idealismo de la aspiración al materialismo del hecho, surgen, no diremos las dificultades, pero sí los escollos.

Sagasta, para el caso, que ayer solamente era probable, de que la Reina le confiase el encargo de formar Gobierno, pidió á Castelar dos Ministros. Y Castelar opuso resistencias á la petición de su grande amigo.

Gladstone, cuando presentó á la Reina Victoria á los republicanos Brigh y Chamberlain, se los presentó para que jurasen el cargo de Ministros... ¿Podría hacer Sagasta lo mismo con nuestra Reina y con Abarzuza y Almagro, por ejemplo? Castelar lo juzga prematuro. En los asuntos de Estado—ya lo dijo el poeta,—la buena forma es el todo. Y la forma de reconocer los posibilistas las instituciones vigentes sería, por lo inusitada, violenta. En política es la oportunidad un factor del que se puede prescindir muy pocas veces.

La oportunidad para el cambio de actitud de los posibilistas aún no se ha presentado... ¿Largará mucho? Esperamos que no. Sagasta la preparará y la aceptará Castelar. Y cuando ocurra la primera modificación en el Gobierno embromario todavía, ya los posibilistas habrán hecho declaraciones solemnes, y podrán entonces ser Ministros dos de ellos.

Lo hemos dicho ayer. Sagasta hace bien intentando la concentración de los posibilistas en torno de la situación nueva. No se aplazarán por eso los entusiasmos de los partidarios de la revolución, ni tampoco se afanzará para *in eternum* el partido liberal en el poder, por el sólo hecho de la cooperación posibilista. Pero se facilita la marcha administrativa y parlamentaria del Gobierno nuevo, y esto, en último término, ha de ser beneficioso al país.
Moralmente, los posibilistas son desde ayer correligionarios de los sagastinos.

Gamazo

Créese que el Sr. Gamazo no será Ministro de Hacienda.

No es que el Sr. Sagasta no quiera. Es que no quiere el Sr. Gamazo.

El Sr. Gamazo parece que ha llegado á decirle al ilustre jefe del proteccionismo económico:—La entrada de Maura en el Gabinete no es asunto de usted; Maura es Ministro mío.

Y en verdad que el Sr. Maura, por su elocuencia, por sus servicios, por su talento, no es un Ministro que haya de ir puesto á cuenta de nadie.

No tiene, pues, excusa el Sr. Gamazo si sus motivos para rehúsar la cartera de Hacienda son de pura delicadeza.

Maura va al Gobierno por derecho propio. Gamazo debe ir en virtud de sus antecedentes y por su representación excepcional.
El Sr. Gamazo tiene un programa económico; en su defensa llegó á graves disensiones con su mismo partido. El Sr. Gamazo ha hecho promesas, ha criticado los sistemas económicos conocidos, tiene soluciones para problemas interesantes á la riqueza nacional.

¿Cuándo puede presentarse ocasión para el presente para dar realidad á una campaña doctrinal de siete años?

¿A qué espera el Sr. Gamazo?
Hombre de gran seriedad y de profundas convicciones, no puede ser la desconfianza en sus propias ideas lo que haga al Sr. Gamazo rechazar la cartera de Hacienda.

¿Qué puede ser entonces? Si el Sr. Sagasta, si el Sr. Moret, si todos los liberales que podían mostrarse recelosos de la doctrina gamacista, ven con gusto la presencia del Sr. Gamazo en el Ministerio de Hacienda, ¿por qué el Sr. Gamazo dice que no?

Para el Sr. Sagasta y el Sr. Moret debe ser necesario el concurso ministerial del Sr. Gamazo. ¿Ahierto? Eso va ganando el país. ¿Se equivoca? El Sr. Gamazo, que es un espíritu recto, reconocerá no obstante que su partido no ha podido ir más lejos en la confianza.

Para el elocuente Diputado castellano la aceptación del Ministerio de Hacienda es un asunto de sinceridad.

Cómo se juzga la crisis

(POR TELÉGRAFO)

París 10.—El periódico republicano *Le Rappel*, ocupándose de la crisis española, dice que, aunque se cambie de Ministerio, la situación permanecerá la misma, como la circunstancia agravante de que la crisis económica se verá, necesariamente, prolongada, á causa de la imposibilidad en que se verá el Sr. Sagasta, estando suspendidas las Cortes y teniéndose que disolverlas, de hacer aprobar, en un breve plazo, las radicales medidas económicas que son necesarias.

La inmoralidad en Alemania

(POR TELÉGRAFO)

Berlin 9.—El proceso contra el Diputado antisemita Ahlwardt, continúa excitando poderosamente la atención. El procesado ha protestado con la mayor energía de la acusación del Fiscal general, de haber tomado ayer un fuerte narcótico, atropina, para que se aplazase la vista del proceso. El Fiscal ha pedido contra Ahlwardt dieciocho meses de cárcel.

Berlin 9.—Recibido el 10.—El Diputado antisemita Ahlwardt, á quien se seguía nueva causa por injurias á los israelitas fabricantes de fusiles, ha sido condenado á cinco meses de arresto.

La pena que le fué impuesta por otra causa, terminará en Febrero. De modo que no podrá tomar asiento en la Cámara hasta el mes de Agosto próximo.

ACTUALIDAD

Cosmópolis

LA ÚLTIMA OBRA DE PAUL BOURGET.—NOVELA DE LAS BAZAS.—ROMA.—LA RELIGIÓN DEL AUTOR.—OPINIÓN DE EMILIO ZOLA.—CÓMO SE HACE UNA NOVELA.—DESFILE DE PERSONAJES.—UNA VENECIANA.—UN POLACO.—UN AMERICANO.—UN MULATO.—DOS FRANCÉS.—UNA TRAI—DORA.—UN ANGEL.—LEÓN XIII.

No hace dos meses que la *Revue Illustrée* publicaba las últimas páginas de una novela de Paul Bourget, *La terre promise*, y no hace muchos días que esta obra aparecía, en elegante volumen, en los escaparates de las librerías, alcanzando á estas fechas la suma de 28.000 ejemplares, cuando ya se habla de otra producción del ilustre novelista psicólogo.

¿Qué novela es ésta?
Cosmópolis.
Y ¿qué es *Cosmópolis*?
Cosmópolis es la novela de las razas.

Faltaba por hacer esta novela. Preconizada en el género literario más en boga hoy la ley de la herencia en los individuos, igual ley po día estudiarse en esas grandes familias nacionales que se llaman razas.

Nadie como Paul Bourget para tal empresa. Viajero intigable, crítico de profundísimos análisis, poeta exquisito, tenía en su inteligencia las aptitudes necesarias para acometer el estudio tan vasto y tan variado como el de los caracteres de los distintos pueblos humanos.

La acción, que es fuertemente dramática, de *Cosmópolis*, se figura ocurrida en Roma, albergo momentáneo de turistas, capital de la bella Italia y cabeza del mundo católico.

Esta última circunstancia hace que la novela ofrezca un punto de vista altamente trascendental.

Al final del drama que en *Cosmópolis* se desarrolla, se hacen declaraciones religiosas, en las que la crítica ha visto puesto de relieve un rincón del alma del autor.

Paul Bourget, ó si se quiere el personaje que en la novela lleva su voz, se confiesa católico apostólico romano.

Emilio Zola, el pontífice del naturalismo, ha emitido su opinión sobre este libro del maestro del espiritualismo en la novela francesa.

«Párecos—dice el famoso autor de *La Débácle*—que esta vez ha ensanchado el campo de sus investigaciones esta escritor.

Yo me imagino, quizás equivocadamente, que el autor de la *Tierra prometida*, á quien antes bastaba un pequeño número de personajes escogidos, moviéndose en una esfera delicada y restringida, habrá sido tentado por la idea de un drama complicado, desarrollándose en medio de una multitud de héroes, sobre una escena vastísima.

Ningún trabajo como éste para ejercitar el espíritu. Se impone uno un esfuerzo, se desenvuelven nuevas cualidades, se conquistan horizontes desconocidos.

Y esta feliz tentativa de Bourget es de un interés extremo, porque permite juzgar mejor aún su talento, mostrándonos el mecanismo en plena actividad, en esa labor de la composición en grande, que hasta aquí le era desconocida.

Sería curioso saber cómo ha sido compuesta *Cosmópolis*.

Cómo ante todo él es un observador, debe haber horido su espíritu esa masa flotante, formada de todas las nacionalidades, que recorre los balnearios y las grandes capitales, posadas de la gente errante.

Desde este momento ya existía para el autor la novela.

Se trataba, por ejemplo, de representar una dama veneciana, en quien revivieran los apellidos desherenados del siglo XV; darle por hija una niña pura, exaltada por la herencia slava de la sangre de su padre.

Convenía, además, colocar á esta dogaresa entre dos hombres, el amante de ayer, un polaco, medio loco, casado con una inglesa bellísima, y el amante, un americano brutal, cuya mujer, una hija de mulata, representaría el odio y la perfidia de las razas esclavas.

Faltaba también el hombre de dinero, un judío sin escrúpulos, mixto en holandés, alemán y austriaco, algo corregido por su hijo; y el Príncipe romano, arruinado, degenerado, vendiendo su nombre; y el francés joven, inteligente, *dilettanti* y pesimista, completado por el francés viejo, heroico, pasando de la vida mundana á la religiosa.

Faltaba, por último, algo ideal y tierno, y un hermano de la mulata, una figura interesante, que representara la abnegación y el sacrificio de la raza negra, llena aquí vacío.

Tales han sido, efectivamente, los elementos que han formado la novela *Cosmópolis*, estallando entre tan distintos caracteres y razas tan diversas un drama violentísimo.

Cuando Bourget tuvo en su mano los actores, ideó una acción simplísima. Este es el mejor procedimiento. Hay que dejar á los personajes que den los hechos, resultando de aquí una acción lógica é in destructible.

Bourget ha encontrado una fábula típica y real.

Su veneciana, Catalina Steno, desencadena el drama entre sus dos amantes, por su cnicia y hasta magnífica franqueza en amor.

El amante derrotado, el polaco Bolezas Gorka, cediendo á su furor celoso, cruza al través de la acción, como una fiera suelta, determinando las catástrofes.

Hay un desafío; pero no se desafia con el polaco el amante afortunado, el burdo y trinitante americano, Lincoln Maitland, sino su confiado Florent Chaprón, el mulato, la abnegación heroica, á quien la fatalidad injusta escoge como víctima.

También hay una traidora, una madame Yago.

Lo es la abominable, la tenebrosa Lidia, mujer de Maitland, hermana de Chaprón, quien provoca todas las catástrofes por medio de inmundas cartas anónimas.